

**CUBANOS UNIVERSALES: JOAQUIN ALBARRAN, MEDICO  
INNOVADOR Y PERSONAJE INOLVIDABLE  
Por Angel Augier**

*Entre los cincuentenarios de 1962 cuya celebración recomienda en los distintos países el Consejo Mundial de la Paz, figura el del gran médico cubano Joaquín Albarrán, el hijo de Sagua la Grande, cuyo talento científico floreció y fructificó en Francia por modo tal, que aun en estos días se le rinden honores. Hace cincuenta años en Enero de 1912 — falleció en Arcachón el ilustre investigador cuya contribución a la ciencia de la Urología, en opinión de los especialistas es impar.*

Si el viajero cubano, en París, llega a visitar, en el Grand Palais, el Palais de la Découverte, o sea, el museo de los descubrimientos científicos, tendrá motivos para emocionarse ante una vitrina en que se exhiben instrumentos, libros y manuscritos de un gran médico nacido en Cuba: Joaquín Albarrán. Si en otra ocasión se le ocurriera visitar el gran hospital Cochin — en la orilla izquierda del Sena, al doblar en el boulevard Port Royal hacia el Faubourg St. Jacques — encontrará un enorme pabellón, el del servicio de urología, que ostenta bien visible, el nombre de Albarrán, y un busto que hace perdurar la imagen de quien dejó tan profunda huella de su presencia y de su obra científica.

Aún más: allí donde comienza la rue Solferino, en plena Quai d'Orsay que el Sena ilumina con su cercanía, es fácil advertir, a la entrada del No. 2-bis, una placa que ostenta esta leyenda en francés: "Aquí vivió el cirujano Joaquín Albarrán, 1860- 1912, profesor de la Facultad de Medicina". Se colocó por acuerdo del Consejo Municipal de París, que también acordó asignar el nombre del cubano a una calle de la capital francesa.

¿Qué ejemplo de talento, voluntad y humanidad impares encarnaría aquel hijo del trópico para imponer su impronta con caracteres de posteridad en Francia, allí donde al extranjero le está vedado triunfar fácilmente? Sólo personalidades de excepción pueden lograrlo, particularmente en el círculo cerrado, selecto, exclusivo de la alta Medicina francesa, donde sí funciona aquello de que "son pocos los elegidos".

Un testimonio vivo, directo, de la significación excepcional de Albarrán lo obtuvo el periodista hace algunos años del doctor Maurice Chevassu, quien fue el discípulo del gran cubano y más tarde su sucesor en la cátedra de Urología de la Facultad de Medicina de la Universidad de París. Su piso de la Avenida de Tournelle es como un templo laico consagrado a la devoción ardiente a la memoria de Albarrán. Todos los trabajos científicos del maestro los tiene conservados como acabados de salir de las prensas, y asombra el número y variedad de esos estudios. Se tiene la impresión de que no hay cosa sobre Albarrán escrita en cualquier idioma que no tenga su sitio en la biblioteca del doctor Chevassú. El dinamismo y el fervor con que esta figura venerable de la medicina francesa ha laborado por mantener resplandeciente y activa la gloria de su inolvidable profesor, a tantos años de su muerte, puede dar una idea del poderoso influjo personal y científico de Joaquín Albarrán.

#### **Sagua la Grande-París**

Como se sabe, Sagua la Grande, en la provincia de Las Villas, fue la cuna de Albarrán. Allá nació el 9 de marzo de 1860. Cuando hacía las primeras letras en su villa natal, quedó huérfano de padre. Su padrino, el médico catalán Joaquín Fábregas, se hizo cargo de su educación y a los 9 años lo mandó a cursar el bachillerato al Colegio de Belén, en La Habana. Fue en aquellos días que se inició la que luego se denominaría la Guerra de los Diez Años. La lucha armada contra el dominio español se extendía cada vez más, y en las ciudades la juventud sufría el rigor de los "integristas" y "voluntarios", que en cada criollo nuevo recelaban un insurrecto, para dar lugar a sucesos tan monstruosos como el fusilamiento de los estudiantes de medicina, el 27 de noviembre de 1871.

Muchas familias, alarmadas ante los desmanes de los "voluntarios", se apresuraban a enviar a sus vástagos a estudiar en el extranjero. Acompañado de su hermano mayor, Pedro, Albarrán viajó a Barcelona, donde familiares de Fábregas podrían cuidarles. A los 13 años terminó el Bachillerato, y a los 19 ya había cursado la Licenciatura de Medicina en la Universidad de Barcelona y el doctorado en la de Madrid. El padrino podía estar satisfecho de su ahijado.

Pero la extrema juventud le impedía ejercer su carrera y Fábregas lo animó a que perfeccionara sus conocimientos en París antes de regresar a Cuba. La manera más práctica de lograr su propósito era matricular en la Facultad de Medicina y repetir los exámenes del doctorado. Su sed insaciable de saber lo condujo a los cursos de histología de Latteux y al laboratorio del Colegio de Francia, donde Ranvier, deslumbrado por su talento, le dió todas las facilidades posibles en sus investigaciones y experimentos, a los que se aplicaba con iniciativas propias y personales puntos de vista.

El año de 1883 fue decisivo para el inquieto joven cubano. Ya había culminado el programa que se había trazado y la tierra natal le reclamaba imperiosamente. Todo lo tenía dispuesto para su regreso a Cuba. La familia, los recuerdos de la infancia, el encanto lejano del trópico, las angustias de un pueblo oprimido y, además, sumido en criminal abandono de la salud pública, quizá clamaban en su conciencia. Pero otros factores de orden científico también pesaban en ella. El profesor Ranvier, convencido de las condiciones excepcionales y de la vigorosa personalidad del médico criollo, le mostró las grandes perspectivas que podían abrirsele en Francia para su carrera científica con una dimensión universal, perspectivas que no encontraría en su lejana isla aherrrojada al yugo colonial de España.

### **Ciencia y humanidad**

La fe de su maestro en su futuro científico, le decidieron a permanecer en París, y a sólo dos meses del concurso para el internado en los hospitales, se preparó para hacerse externo del profesor Richet. Un año después, obtuvo el primer lugar en los concursos para internos de los hospitales de París, entre cuatrocientos aspirantes, y sucesivamente sirvió en la cátedra de los profesores Trélat, Grancher, Le Dentú y Guyón; estudió bacteriología con Pasteur y fue escogido para integrar una misión científica a España para combatir una epidemia de cólera.

En 1888, Albarrán entró como interno de Guyón, fundador de la Urología, especialidad a la que decidió consagrarse y que iba a enriquecer extraordinariamente, al punto de que al año siguiente publicó su tesis sobre "El riñón de los urinarios", considerada como un hito importante en la historia de la especialidad.

Al crearse la cátedra de Vías Urinarias en la Facultad de Medicina de la Universidad de París, para Guyón, éste lo hizo su jefe de Clínica del Hospital Necker, y dos años después, profesor agregado de la Facultad.

Albarrán demostró entonces cómo no se habían equivocado Ranvier ni Guyón cuando pusieron confianza en su enorme capacidad científica. Era profesor, pero también cirujano de los hospitales, y un investigador incansable que no se daba reposo alguno, para poder recoger el cúmulo de sus experiencias y observaciones. Sus numerosos trabajos en revistas científicas de la época son el mejor testimonio de ello, y sobre todo sus obras consideradas fundamentales, sobre los tumores de la vejiga (1892), de cerca de quinientas páginas; los tumores del riñón (1903), de más de setecientas páginas<sup>1</sup> y su obra capital sobre exploración de las funciones renales (1905) de más de seiscientas páginas.

Todos sus biógrafos convienen en que en todas las ramas de la Urología, Albarrán arrojó luces insospechadas, pero que, además, fué un innovador en la práctica de la cirugía y en la solución de problemas técnicos, entre ellos el del cateterismo ureteral, que hizo posible gracias a la uñuela que incorporó al cistoscopio.

En 1906, por el voto unánime de los miembros de la Facultad de Medicina, fue designado profesor titular de la Cátedra de Enfermedades de Vías Urinarias, por retiro de Guyón. Sólo tenía 46 años. Era asombroso. Le respaldaba su intensa ejecutoria médica, y su exposición de trabajos científicos, con nada menos que 221 estudios (París, Masson et Cie., editeurs, 1906, 327 páginas.)

Así, a grandes rasgos, queda expuesta la admirable carrera científica de un médico cubano en París. En 1909, atacado de tuberculosis y diabetes, se retiró de la Cátedra, para morir en 17 de enero de 1912, en Arcachón, en el Mediodía francés, a donde había acudido como buscando el sol que le recordara el de la Isla de su infancia.

#### **Personalidad impresionante del cubano**

Pero con significar todo ello lo fundamental de su biografía, sin embargo, no da idea de aquella poderosa personalidad, que

tan honda huella dejó en cuantos le conocieron. En los testimonios de sus compañeros y sus discípulos, la admiración se disputa el primer plano con el cariño. Y es fácil apreciar cómo en esos rasgos del carácter de Albarrán, se manifiestan muchos que son comunes al del cubano arquetípico, en sus ángulos positivos, y que en cierto modo definen aptitudes especiales que han hecho posible el desarrollo extraordinario de la Medicina en Cuba y el hallazgo de nuevas técnicas y nuevas teorías, en muchas de sus distintas ramas.

Por ejemplo, se ha atribuido el role de innovador de Albarrán, en gran parte, a su independencia de criterio, y ya afirmaba su compañero Heitz-Boyer. "Era digno hijo de Cuba, con la indómita independencia de carácter que les es propio". Su discípulo Pierre Duval, cirujano del hospital de Urología, señalaba que su genio latino "resplandecía como el sol brillante de su país tropical".

Otro de sus fervientes discípulos, Cathelin, cirujano-jefe de los servicios de Urología, recordaba su nacimiento bajo el cálido clima de los trópicos, y estimaba que "había conservado de su origen, y sin la afectación del alma criolla, un temperamento tan ardiente como el sol que le vio nacer..

Chenevier, de la Administración General de Asistencia Pública de París, advertía que "sin olvidar jamás la dulzura del cielo que le vio nacer, ni renegar de su raza, no tenía en cuenta su origen extranjero, sino para exaltar en él los sentimientos de amor y de deberes que cumplir hacia su país de adopción". Por su parte, el mismo Albarrán dejó constancia de su cubanía en unas declaraciones para "El Fígaro", de La Habana, en 1890, cuando visitó a Cuba:

"Si los azares de la vida me han hecho adoptar por patria a la gran nación francesa, nunca olvido que soy cubano, y siempre tenderá mi esfuerzo a hacerme digno de la tierra en que nací".

Su colega, el profesor Widal, escribió, entusiasta: ¡Albarrán! Esas tres sílabas evocan una de las figuras más impresionantes y más extraordinarias que ha conocido nuestra generación. El hombre que se llamaba así, ha asombrado, deslumbrado,

fascinado a todos los que le rodeaban. Fue una fuerza sobresaliente, desbordante, de la naturaleza, fuerza que fue dominada, disciplinada, por su propia voluntad. No se puede pensar en él sin verlo con su espaciosa frente realzada por una hermosa cabellera, su cuerpo esbelto y ligero con sus gestos expresivos llenos de vivacidad y de elegancia. Su mirada era movible y penetrante, su fisonomía impresionable reflejaba todos los pensamientos que hervían en su espíritu."

"Su naturaleza generosa y caballeresca — agregaba Widal— no fue nunca manchada por un pensamiento mezquino; se apiadaba de todas las miserias que le rodeaban; en él la bondad del corazón igualaba a la potencia de su espíritu."

Es fácil advertir en ese testimonio transido de devoción, los reüeves de la personalidad de nuestro compatriota, en su cercanía humana como en su significación científica. Sólo un hombre excepcional podría inspirar esos juicios. Y que se trata de juicios no precisamente individuales, sino de la generalidad de cuantos alcanzaron la oportunidad y el privilegio de conocerle, como lo demuestra otro de sus discípulos, Dr. F. Cathelin, en su biografía "Le professeur J. Albarrán", (París, Librairie J. —B. Bailliere et Fils. 1920).

En esta obra, Cathelin —quien era Cirujano-Jefe del Hospital de Urología— dice en la introducción que la noble figura que hace revivir, era ciertamente, para quien la conocía bien, el espíritu filosófico más sutil y más penetrante que haya encontrado en su camino, en el dominio de la cirugía. "A él le hubiera sido agradable saber —agregaba— que uno de sus alumnos, en medio de la indiferencia general, haya conservado su recuerdo, y él, cuya inteligencia tan viva y tan rápida sabía alumbrarse al contacto de las bellas ideas, hubiera aprobado muchas de las tesis contenidas en esta obra". Y al mostrar su complacencia por rendir tributos así a su maestro, añadía Cathelin que Albarrán era incontestablemente el más grande de todos los cirujanos urinarios en todos los países".

Cathelin dividió su biografía en dos partes, "El hombre" y "El sabio", y en las dos resplandece una admiración sin límites.

Por ejemplo, asegura que Albarrán "fué el más grande cerebro

ciertamente el cerebro más lucido, el más claro, el más límpido y el más sintético que jamás he conocido". Por otra parte, Cathelin dice que Albarrán conservó siempre un acento español que no abandonó jamás. "A pesar de su acento extranjero, él no tenía, como se ha dicho ya, una pronunciación chocante; yo diría incluso que me dejaba tomar como ocurre con los seductores, por el encanto de su palabra incisiva y precisa".

El sabio y su obra

Según Cathelin —que hizo un ordenamiento de sus trabajos y descubrimientos— la obra de Albarrán en urología es considerable. Señala que en anatomía e histología normales, Albarrán estudió cuidadosamente las conexiones de la próstata con la vejiga e hizo aportaciones importantes en el estudio de las glándulas y sus secreciones, etcétera.

En fisiología normal, aportó importantes estudios de los fenómenos de la secreción renal y sus teorías y experiencias al respecto son inapreciables. En fisiología patológica estudió magistralmente con su maestro Guyón la cuestión de las retenciones de la orina, profundizando en la patogenia de las retenciones renales en las diversas afecciones. En lo que toca a los medios de exploración, Albarrán fue el introductor en Francia de los estudios cistoscópicos llevados a su extremo límite, y su descubrimiento de la "uña de Albarrán" en 1897 significó una transformación radical en la práctica del cateterismo uretral y permitió el estudio de todas las funciones renales.

En patología general hizo igualmente estudios decisivos, especialmente en relación con los tumores. La infección urinaria no tuvo secretos para él desde que inició su estudio a fondo en 1888. También en el inmenso dominio de la patología especial, dice Cathelin, no se sabe qué seleccionar en "la abundancia de producciones de este gran maestro", ya con el riñón móvil, los tumores y quistes del riñón, tuberculosis renal, etc.

Agrega el discípulo de Albarrán que éste hizo trascendentales contribuciones en las enfermedades de la vejiga, la próstata, la uretra, etc. y en la técnica de operación en esos casos, y en múltiples procedimientos operatorios. Fue inventor, además, de numerosos aparatos e instrumentos para la exploración y examen de las afecciones urinarias.

Otro de sus discípulos, el profesor F. Legueu, que ocupó la misma cátedra de Albarrán y que llegó a ser miembro de la Academia de Medicina, dedicó a su maestro un estudio igualmente lleno de devoción científica y personal. Refiriéndose a su vasta cultura y a sus aportes científicos, subrayaba que es en químico que el estudia el funcionamiento del riñón, es en histólogo que el contribuye al problema del origen de los tumores, es en técnico que él inventa su cistoscopia de cateterismo uretral y su uretrótomo de secciones múltiples, es en anatomista que él describe en su "Tratado de Medicina Operatoria" el esquema de la región que el cirujano debe atravesar, y es en cirujano que él formula con precisión los tiempos de cada una de las intervenciones e inaugura nuevos procedimientos para la nefropexia, para la anastomosis lateral-uretro-piélica, para el corte transversal y el corte perineal".

"Así — agrega —, desde los confines de un horizonte ilimitado, él podía vislumbrar desde muy alto el dominio de su especialidad; desde las cimas que él había sabido alcanzar, él aportaba a ese territorio limitado la mirada penetrante del cóndor, y los detalles, los hechos, las concepciones que no habían podido tocar sus contemporáneos, envolviéndose para él de una forma real y tangible". "En fin, Albarrán tenía muchos dones personales, y por sobre todo una inteligencia prodigiosa que alumbraba a veces con los resplandores del genio y daba incluso a su persona una inexpresable impresión de valor y autoridad."

Otro retrato de Albarrán nos ofrece Legueu: "Una cabeza larga y de proporciones armoniosas, una frente ancha encuadrada de cabellos negros ondulados, trazos finos y móviles como los de la llama, ojos luminosos de inteligencia y de vida, ojos ardientes que hablaban antes que los labios, en todo el conjunto una elegancia y una distinción de maneras, resto de una ancestral aristocracia que él reducía a la más encantadora familiaridad y, en la conversación, una nerviosidad trémula y contenida, un contraste permanente de calma y de frenesí, tal él se presentaba al interlocutor. Su pensamiento límpido y tumultuoso encontraba para expresarse una palabra fácil y colorida, vibrante y sonora. El se animaba a sí mismo a la exposición de su tesis. Su convicción se hacía más y más penetrante, y el auditor deslumbrado de esos dones excepcionales, no sabía qué admirar más, si la origi-

nalidad de la idea, la justeza de la expresión o la fuerza de persuasión.”

En cuanto a sus ideas, añade Legueu que “educado cristianamente por los Jesuitas, él no había conservado de sus primeros años sino un sentimiento profundo contra todo lo que tocaba a la religión. También, muy rápidamente, él fue atraído por la filosofía de Augusto Comte; él se mezcla a sus íntimos que comulgaban cada día en las teorías del positivismo y frecuentaban incluso el apartamento de la calle Monsieur-le-Prince que quedaba como el templo del culto nuevo, el culto de la Humanidad.”

Sería injusto omitir una referencia al elogio que hizo de su maestro, el profesor Maurice Chevassú, en el acto de colocación de una tarja de mármol en la entrada de la casa No 2-bis de la calle Solferino, en París, donde residió Albarrán con su familia de 1905 a 1910. En ese homenaje organizado por el Consejo Municipal de París y la Facultad de Medicina de la Universidad parisiense —y en la que también exaltó los valores permanentes del gran cubano, el entonces Presidente del Consejo Municipal, el médico Bernard Lafay— Chevassú siguió todo el proceso de la carrera científica de nuestro compatriota.

Chevassú recordó que León Daudet en su libro “Devant la douleur” (“Ante el dolor”), se refirió a la abnegación de Albarrán cuando era médico interno del Servicio de Difteria y que en esa misma época, Albarrán recibió el espaldarazo de Pasteur en persona, quien en 1885 al referirse a una comisión médica enviada a España para estudiar una vacuna contra el cólera, escribió: “El doctor Brouadel, que la dirige, es acompañado de dos jóvenes médicos muy distinguidos y muy al corriente de los estudios microscópicos, los doctores Charrin y Albarrán”. Fue el doctor Grancher, que trabajaba en el laboratorio de Pasteur en la calle de Ulm, quien preparó a Albarrán a fin de que siguiera sus estudios bacteriológicos.

Resumiendo la personalidad científica de Albarrán, Chevassú que no se ha cansado de laborar por hacer resplandecer la gloria del gran cubano— expresó en la memorable ocasión: “Yo citaré solamente algunos de los otros títulos esenciales de este cirujano completo: bacteriólogo en su descubrimiento con Cottit de las infecciones urinarias como en sus esfuerzos la asepsia del

cateterismo; anátomo-patólogo en sus estudios de los riñones y de la hipertrofia prostética; y maestro en todas las disciplinas que iluminó con su talento”.

Uno de sus biógrafos cubanos recuerda que Albarrán no fue insensible a la lucha de los cubanos por su independencia. Y al final de su vida, después de una lenta agonía de tres años, sus últimos pensamientos fueron para su rincón natal de Sagua la Grande, que le había erigido una estatua y hecho “Hijo Predilecto”. Por eso dispuso que su toga y las medallas que premiaron su consagración fueran conservadas por el Ayuntamiento de su patria chica.

Así devolvió Joaquín Albarrán a la tierra de donde salió de niño, los atributos de su luminosa carrera científica, los símbolos de su gloria universal. Era un cubano, un médico cubano, que agradecía a su terruño su larga, azarosa, profunda y óptima obra consagrada al alivio de los sufrimientos de la doliente humanidad, y de cuyo paso por la vida aún resuena el eco: un eco que difícilmente se extinguirá.

#### S U M M A R Y

Journalist Angel Augier describes, in a newspaper report, his impressions on Albarrán, as seen, during a trip to Paris, through the recollections of the masters of today, the former disciples of the great Cuban, whose life and work, of world-wide fame, he reviews and who had left a deep mark on all those who knew him and is still remembered and quoted, now-a-days, because of the lasting nature of his work.

Albarrán was, according to Augier, a universal Cuban, an innovator as a physician and 'an unforgettable character'.

#### S O M M A I R E

Le journaliste Angel Augier décrit, dans un reportage, ses impressions d'Albarrán, recueillies au cours d'un voyage en France pendant lequel il a pu sonder l'opinion des maîtres d'aujourd'hui qui furent, jadis, élèves du grand cubain. Il rappelle, en grandes lignes, la vie et l'œuvre, qui eut des échos dans le monde entier, de l'éminent médecin cubain qui laissa une marque profonde sur tous ceux qui le connurent et dont le nom est encore cité de nos jours par suite du caractère permanent de ses travaux.